

M. A. Sánchez Manzano, *El escepticismo humanista de Francisco Sánchez*, Madrid, Clásicos Dykinson, 2018, 145 pp.

La recuperación del escepticismo en el Renacimiento es un campo de investigación muy reciente, en el que María Asunción Sánchez Manzano, catedrática de Latín de la Universidad de León, irrumpe con esta magnífica obra sobre el médico y filósofo renacentista Francisco Sánchez, uno de los principales representantes del escepticismo filosófico de su época. El legado de este autor, cuya patria se disputan tanto España como Portugal, resulta muy valioso para comprender no solo el pensamiento filosófico y científico de su tiempo, sino, además, para conocer la recepción humanista de los saberes sobre la naturaleza y el hombre.

La vida de Francisco Sánchez, conocido como el Escéptico, y la repercusión de su obra capital, la que le daría fama y por la que ha pasado a la posteridad, *Quod nihil scitur* (1581), es el tema central de este libro, que devuelve, de alguna manera, actualidad a una de las figuras más polémicas del humanismo tardío.

Su planteamiento sobre la incapacidad del conocimiento tuvo cierta repercusión durante el siglo XVII y pronto su discurso fue asociado con el escepticismo considerado más radical, el pirrónico. Como han señalado varios autores, en *Quod nihil scitur* la prioridad de Sánchez era el combate contra todo tipo de saber que se diese por inapeable antes que aportar los conocimientos ciertos propios de una filosofía dogmática; de ahí que su trayectoria de búsqueda de la verdad lo llevara a dudar de todo, dogma perfectamente resumido en el lema que caracteriza su obra, *Quid?*.

Dicho planteamiento y una revisión de las diversas interpretaciones que ha sufrido su obra son expuestos en la Presentación (pp. 9-13), donde Sánchez se perfila como erudito conocedor de los clásicos y hombre de gran competencia retórica en sus argumentos y en su estilo de escritura, pues, como afirma la autora, «su persuasión es buena prueba de que las enseñanzas de la retórica y de la dialéctica eran eficaces, y de que el lenguaje es un instrumento poderoso en la comunicación de las propuestas científicas» (p. 13).

Un primer capítulo versa sobre las «Principales características de la enciclopedia antigua»

(pp. 15-30), abarcando la transmisión del conocimiento por los autores griegos al tiempo que se fijaba una lengua literaria y filosófica, el desarrollo de las primeras teorías sobre el lenguaje y de la retórica en función del arte pedagógico que ejercitaban las distintas escuelas de pensamiento, el avance de la educación romana desde los saberes helenísticos, las primeras compilaciones y la ordenación de las materias de aprendizaje en Roma, la fijación del canon escolar y su influencia en el origen del latín literario, y el nacimiento de la enciclopedia en época imperial y la integración total de las dos culturas de Grecia y Roma como fundamento de la ciencia medieval.

Las «Dificultades en la recepción y transmisión de los saberes sobre la naturaleza hasta el humanismo» (pp. 31-56) constituye el segundo capítulo que comprende, en primer lugar, «La recepción de las disciplinas antiguas» tras la caída del Imperio Romano en torno a las siete artes liberales (gramática, retórica y dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música) o según el esquema helenístico (que incluía la física, ética y metafísica), destacando la importancia de las traducciones en la transmisión del saber científico y el desarrollo de la teoría gramatical y de los estudios del lenguaje; en segundo lugar, «La evolución de los saberes sobre la naturaleza» con la gran difusión que desde la primera mitad del siglo XIII alcanzaron las traducciones de los comentarios de obras filosóficas y científicas, así como la transmisión de saberes en obras enciclopédicas o compilaciones que se nutrían de autores latinos; por último, «La medicina medieval», con la revisión de las principales obras de este período, en el que destacan personalidades relevantes como Ramón Llull, Bartolomé Anglico y Arnau de Villanova, con mención especial de las contribuciones decisivas de Averroes y Avicena, así como de la Escuela médica de Salerno y de la Universidad de Montpellier, centros importantes donde los estudios de medicina alcanzaron un mayor desarrollo.

El tercer capítulo, «Razones para el escepticismo: hacia un cambio en el lenguaje de la ciencia» (pp. 57-76), distingue entre «Platonismo y Aristotelismo: el debate sobre el conocimiento humano», donde se analizan las principales aportaciones de las dos escuelas socráticas al humanismo filosófico y la renovación de las artes del lenguaje propuesta por Lorenzo Valla. La importancia del



lenguaje como instrumento de comunicación de los avances científicos da paso al comentario sobre «Gerolamo Cardano y la crítica de Giulio Cesare Scaliger», autores en cuya obra se encuentran los antecedentes de Francisco Sánchez y en cuya confrontación ya se aprecia un cambio de actitud entre los humanistas: la independencia crítica del humanismo frente a la tradición.

Las «Interpretaciones y sentido del discurso escéptico de Francisco Sánchez» (pp. 77-98) son objeto de estudio en el siguiente capítulo, comenzando por «Los métodos persuasivos en las artes del lenguaje humanistas», entre los que despuntan los tratados de retórica y dialéctica de Jorge de Trebisonda, y su contemporáneo Lorenzo Valla; seguido de «La relación entre retórica y dialéctica en la primera mitad del S. XVI» con la reforma de Rodolfo Agrícola y Lorenzo Valla, así como las valiosas contribuciones de Bartolomé Latomus, Mario Nizolio o Juan Luis Vives, cuyos planteamientos influirían en el discurso de Sánchez, para terminar con «La disposición persuasiva en el discurso *Quod nihil scitur*», englobando distintos aspectos teóricos y metodológicos desde el punto de vista de la retórica de la citada obra.

Por último, «La desactivación de la duda: posteridad del debate expuesto por Sánchez» (pp. 99-122) constituye el último capítulo que trata los «Aspectos de la recepción y de la crítica al discurso publicado en 1581», en cuyos debates posteriores, determinados por el cartesianismo, destaca la obra de Christian Thomasius y su nueva visión de la enseñanza de la oratoria, así como el nuevo movimiento cultural del humanismo, encabezado por los grandes racionalistas del XVII e impulsado por el avance de la imprenta. A las críticas realizadas por Gottfried Leibniz a la obra de Sánchez, se suman «Los comentarios de Daniel Hartnack en la reedición de 1665», que suponen una total refutación del *Quod nihil scitur*, al incluir en forma de notas las réplicas y objeciones de otros filósofos. Por último, un breve comentario sobre «El manuscrito de 1732 y la recepción en España» muestra

cómo el manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional prueba la lectura del discurso en nuestro país, encerrando una vez más atisbos de crítica hacia la doctrina de Sánchez.

Cierra el libro un apartado de Referencias bibliográficas (pp. 123-132), muy completas, ordenadas alfabéticamente y clasificadas (textos antiguos, traducciones, estudios sobre Sánchez y bibliografía secundaria), seguidas de un Índice temático (pp. 133-134) y un Índice onomástico (pp. 135-141) de términos y autores citados por orden alfabético.

En resumen, resulta gratificante imbuirse en la lectura del escepticismo humanista de Francisco Sánchez, a pesar de que se trata de una obra densa y compleja, no solo por su temática, sino por la gran cantidad de datos que aporta. De ella se desprende que la interpretación del discurso de Sánchez ha sido motivo permanente de especulación y debate, llegando a relacionarse con las divisas de los grandes escépticos renacentistas. Su *Quid?* corresponde a su convicción de que el conocimiento adquirido nunca sería definitivo y que siempre y sobre cualquier cosa habría que continuar indagando indefinidamente.

Resumir las interpretaciones que se han hecho de su obra nos obliga a adoptar una doble perspectiva: la filosófica, enlazándolo con el escepticismo dominante en el siglo XVI, que sigue encontrado en *Quod nihil scitur* el texto fundamental, y otra que prioriza su faceta como médico y su búsqueda de un método apropiado para la medicina. Pero una cuestión ineludible es que su importancia histórica está fuera de cualquier duda, ya que su obra, situada en el siglo más fecundo del humanismo, se caracteriza por su universalidad y atemporalidad, pues, como declara la autora, «con pretensiones de llegar a lo particular consiguió un discurso universal que interpela a los hombres de cada generación» (p. 13).

Carolina REAL TORRES
Universidad de La Laguna

Fortunatae n° 31, 2020 (1): 253-254
DOI: <http://doi.org/10.25145/j.fortunat.2020.31.14>